

otros escritores. Con tal motivo, sin embargo, el nombre de Bretón ha vuelto á sonar y á destacarse su figura literaria.

El Molière español era ciertamente inferior al ilustre cómico francés, no por la cantidad, pues Bretón fué fecundísimo — se le cuentan ciento setenta y cinco comedias en verso, — sino en la calidad de la *vis* cómica, la intención y alcance de la sátira, la humanidad de los tipos. Decir Molière es decir el avaro, el hipócrita, el misántropo, el pedante, la coqueta, la aristócrata infatuada, el aprensivo, el villano hecho señor y que sigue oliendo á ajos como antes, el marido burlado, el pleiteante, la *preciosa*; y en el estudio de estas pasiones, debilidades y ridiculeces raya tan alto Molière, que nadie podrá nunca imaginar un *Tartuffe* superior al suyo, ni igual siquiera; es de esas creaciones en que el genio pone su sello definitivo, su marca de garra de león. Carácter que en su troquel funde Molière, queda eternizado en bronce. Sería inútil buscar en el repertorio de Bretón nada parecido á *Tartuffe* ó al *Avaro*. Después de leer sus mejores comedias, ninguna figura saliente, exceptuando tal vez la donosa silueta de *D. Frutos Calamocha*, permanece en pie y gritando «existó.» Es la sátira de Bretón cosa á flor de epidermis social, que no penetra hondamente ni en el alma, ni aun diseña el cuerpo.

A no poseer Bretón tanto chiste, tal naturalidad y tan copiosa vena, hasta podría calificarse de anodina su sátira. Diríase que sólo veía Bretón, del vasto cuadro de las flaquezas humanas y de las anomalías sociales, aquello que un espíritu benévolo y optimista hasta la alegría puede ver de una ojeada. Si le falta la sólida razón y la amarga filosofía de Molière, tampoco tiene los rasgos sentimentales á lo dieciochero de Moratín, el verdadero modelo que Bretón se propuso. ¿Qué nos enseña Bretón en sus mejores comedias? Que la vida del campo puede no ser tan tranquila y apacible como nos la figuramos desde la ciudad; que hay aldeanos muy brutos y muy mal intencionados; que también en la aldea nos sale al paso la sociedad, con todos sus inconvenientes y sin ninguna de sus halagüeñas delicadezas; que los padres no deben obligar á sus hijas á casarse con un hombre que las repugna (esto ya lo sabíamos por Moratín, el cual nos lo había dicho con mayor intensidad, como actor que fué en uno de esos dramas íntimos de corazón violentado); que las viuditas, adiestradas por la experiencia, son capaces de marear al que las pretende; que cuando nos morimos, el mundo sigue rodando como si tal cosa, y que aprenderíamos mucho si pudiésemos morirnos temporalmente y ver lo que después sucedía; que en algunos matrimonios, si la mujer vale más que el marido, ella lleva los pantalones, como suele decirse, y que los cónyuges desunidos no acertarán á hacer cosa más provechosa que unirse y entenderse, y no dar que reír al diablo. Este es poco más ó menos el jugo que se extrae del teatro de Bretón en cuanto á ideas; nadie negará que no alcanza á llenar un dedalito. Su miopía de fondo era tanta, que el argumento de *Marcela ó cuál de los tres?* le sirvió, vuelto y remendado, para escribir varias piezas, copiándose á sí mismo y sin acertar á descubrir nuevas combinaciones. Larra decía acertadamente, que con el asunto de *Marcela*, otro autor se hubiese visto apurado para hacer una sola comedia, y Bretón había hecho nada menos que tres. Alabanza de doble filo, poco lisonjera en el fondo; y lo peor es que Larra, aunque algo desautorizado en su severidad crítica porque era muy mal autor dramático, tenía razón.

Lo admirable en Bretón de los Herreros, aparte de esta facilidad para armar una comedia sobre la punta de un alfiler, es la abundancia de la vena poética, lo castizo y rico de la forma. Pasma su facilidad de versificador, don genuino de la raza española, mérito que ya casi no se aprecia en el día, porque lo agotaron los Bretones y los Serras. Versificador más que poeta; imaginación y carácter de prosista sensato, pero de prosista que tiene la música del ritmo en el oído y en la pluma, y en quien bullen y hierven los versos y los asonantes y consonantes, como en las mallas de la red las plateadas sardinas, Bretón llegó á hacer en verso habilidades y juegos malabares que enriquecieron la lengua, demostrando su flexibilidad y sus inagotables recursos, sus múltiples registros del sobra-agudo al grave. Es verdad que le habían abierto camino nuestros autores del siglo de oro, tan maestros en trabajar la pasta del idioma.

Mas no bastan la habilidad y la destreza: por la deficiencia del fondo dramático y de la doctrina está olvidado y fuera del repertorio Bretón. En toda mi vida he visto representar más que una vez *Marcela*, sin duda de las comedias de Bretón la que mejor soporta el público actual. La ocasión ahora era favorable para refrescar los laureles del autor de *El pelo de la dehesa*, pero en ningún teatro veo que los actores se deci-

dan á arrostrar el frac de ala de pichón y las actrices el peinado de castillo y de *baterías*. Estamos más distantes de 1830 que del siglo XVII. La España de Lope nos parece contemporánea, mientras la de Bretón sólo la encontraríamos, yerta y mustia, revolviendo los cajones y armarios de nuestras abuelas. Al morir Bretón en la fecha relativamente reciente de 1873, estaba punto menos *pasado* que hoy. No sé si diga que estaba más, porque la tendencia de nuestra cultura presente es á que reverdezcan los troncos viejos y caducos.

\* \* \*

Lo único que de Bretón persiste en la memoria de los aficionados á las letras son ciertas anécdotas referentes á su carácter irritable y violento (¿quién lo advinaría al leerle?) y algunos epigramas oportunistas y sazoados, migajas caídas de su pluma (nunca escribiré, tratándose de Bretón, *de su lira*). Nadie ignora el que asestó al famoso médico y filósofo Mata. Vivían en la misma casa y con las puertas de los pisos enfrentadas el cómico y el doctor, y á éste le aburrían los continuos campanillazos de la gente que se equivocaba creyendo llamar á la puerta de Bretón de los Herreros, por lo cual colocó en la suya el siguiente cartel:

«En esta mi habitación  
no vive ningún Bretón.»

El desahogo era inocente, pero se le indigestó al autor de *Marcela*, que acto continuo replicó en su metro predilecto (cito de memoria y no respondo de la exactitud):

«En aquesta vecindad  
vive un médico poeta  
que al pie de cada receta  
pone *Mata...* y es verdad.»

Mucho contribuyó á agriar el genio de Bretón la desdicha de haber perdido un ojo. Las burlas que le recordaban este defecto físico le enfurecían, y Ventura de la Vega, Espronceda y Larra no las escasearon ciertamente. Entre sí llamaban á Bretón el *Tuerto*, y á veces, con más dureza, *ese maldito tuerto*; porque mientras los románticos del Parnasillo hacían gala de vida bohemia y de no tener un ochavo que no derrochasen inmediatamente, Bretón (que había realizado vanos esfuerzos por adaptarse al romanticismo literario) tampoco en el vivir se les parecía, guardando cuidadosamente el dinero y no malgastando aquella fibra robusta que le permitió llegar á la avanzada edad de setenta y siete años; y esta doble parsimonia incomodaba á los chispeantes perdidos que no comprendían que nadie se defendiese ni contra la miseria ni contra los males. Ventura de la Vega se indignaba cuando, al pedir á Bretón un duro, Bretón le respondía ásperamente: «Si fumases del estanco y gastases camisas gordas como las mías en vez de esa camisa de olán, no andarías siempre fastidiando á los amigos.»

Los presentes se reían de la filípica; y Ventura de la Vega, sin perder minuto — me lo ha referido un testigo presencial, señor anciano cuando le conocí íntimo amigo de todos los literatos de aquel período, — se arrancaba con la siguiente quintilla:

«Una víbora picó  
A Manuel Bretón el tuerto.  
¿Qué diréis que sucedió?  
¿Murió Bretón? No por cierto:  
¡La víbora reventó!»

Aunque no alcance Bretón á la cima de la gloria dramática, debemos sentir que no se haya celebrado cumplidamente el centenario de su nacimiento. Somos tan ricos en esto del teatro, que desdeñamos las perlas; en el estuche de Bretón las hay; y si no se quiere que se les llame perlas, les llamaremos granitos de sal castiza y de mostaza ligera, que no levanta roncha; la mostaza del moralista y del satírico superficial y sin hiel, y la sal ática y limpia de un gran hablador y de un hombre de buen sentido vulgar, pero sano y sin afectación. El trato con Bretón puede servir de descanso y de medicina en estos tiempos de teatro complicado y febril. En la tersa corriente bretoniana no veremos copiarse sino rostros conocidos, escenas sencillas y de un humorismo familiar. No nos dará jaqueca Bretón, á no ser por la prestigiosa maraña de sus rimas y el martilleo de su vivaz estilo poético. Sólo temo que un autor de tan grata y entretenida lectura no pueda ya cautivar al espectador. Por eso es lástima que no se haga la prueba.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑO MÁS

Al ver en la eternidad el de 1896, hemos brindado de todo corazón, en la mesa de un gran patriota, por que el nuevo año no se parezca á su antecesor. Y hay síntomas de que no se parecerá, y esperanzas de que será mejor — al menos para nosotros. — De las dos guerras, una por lo menos está herida en el ala, y la otra será dominada infaliblemente si se despliegan la energía y el rigor que los acontecimientos imponen. En previsión de que así suceda, podrían añadirse muchas observaciones para lo venidero, no pocos avisos á nuestros políticos, desprevénidos siempre en lo que se refiere á las colonias. Si se consigue apagar el incendio de Filipinas, habrá que pensar después en el modo de que no vuelva á reproducirse; habrá que poner en práctica medidas y arbitrios para que ese inmenso archipiélago, feracísimo y poblado por gentes á las cuales debemos ser superiores en cultura y en moralidad, no vean en nosotros á una gente inicua, á unos explotadores, sino á unos protectores, cuya autoridad se funda en la superioridad precisamente.

A Filipinas van también funcionarios honradísimos, y alguno conozco yo; pero es lo cierto que por todos los gobiernos y por todos los partidos políticos, Filipinas ha solido considerarse especie de *remedios vagos* peninsulares, asilo de incurables perezosos ó viciosos, capa de *engrais* favorable al cultivo de esos hongos oficinescos y burocráticos que aquí brotan al amparo de las influencias oficiales. Hace tiempo oí contar que en un café de Madrid, un funcionario destinado á Filipinas lanzó esta frase cínicamente ingeniosa: «Me envían á Ilo-Ilo, pero yo sabré convertirlo en *guita-guita*.» Ello puede ser chusca invención, ó agudeza sin trascendencia real; pero ¡qué mal suena en nuestros oídos cuando vemos salir trenes y trenes con carga de soldados que van á Oceanía á extinguir con su sangre la hoguera que estas centellas prendieron tal vez!

\* \* \*

Dejando tal asunto, que contrista, recordemos que el año 96 ha concluído entre aplausos tributados á la memoria del Molière español, ó sea D. Manuel Bretón de los Herreros. Se había pensado en solemnizar el centenario de su nacimiento, que sucedió el 19 de diciembre de 1796, en el pueblo de Quel, provincia de Logroño; la idea era acariciada por dos escritores muy queridos del público y capaces de dar calor de vida á cualquier proyecto, *Kasabal* y Mariano de Cavia: se susurraba que en un señorial palacio no acabado de decorar todavía, podría organizarse un baile en que damas y caballeros vistiesen los trajes de la época de Bretón; se soñaba, en fin, una curiosa reconstrucción de tipos y costumbres, pretextada por un homenaje al príncipe de los autores cómicos españoles en el presente siglo, dictado que se aplica á Bretón de los Herreros. No llegaron á cuajar estos proyectos, y todo lo que se hizo en honra á Bretón redujose á una velada en el Ateneo, obsequio tributado á